HISTORIA DE LA ECONOMÍA ARGENTINA DEL SIGLO XX

Página/12



10

LA CRISIS MUNDIAL DE 1930 Y LOS CAMBIOS POLITICOS



Manifestación de respaldo al golpe del ’30. La crisis sirvió para que los conspiradores comenzaran a pregonar que el deterioro económico era resultado de la incapacidad del gobierno de Yrigoyen.

Staff

Director de la colección: Alfredo Zaiat

Director académico: Mario Rapoport
Coordinador: Ricardo Vicente
Colaboradores:
Andrés Musacchio
Eduardo Madrid
Hernán Braude
Agustín Crivelli
Martín Fiszbein
Pablo López
María Cecilia Míguez
Florencia Médici
Leandro Morgenfeld
Asistente de dirección: Natalia Aruguete

Director general: Hugo Soriani
Rumbo de diseño: Alejandro Ros
Diagramación: Juan Carlos Aguirre
Asistente de fotografía: Omar Chejolán
Coordinación general: Víctor Vigo

E-mail: *historiaeconomica@pagina12.com.ar*

Historia de la economía argentina del siglo XX
Mario Daniel Rapoport
1a ed. - Buenos Aires: La Página, 2007.
16 p.; 28x20 cm.
ISBN 978-987-503-451-8
1. Investigación Periodística.
CDD 070.43
Fecha de catalogación: 03/08/2007



Policías en una jornada de huelga de trabajadores. La crisis internacional aceleró un proceso interno de deterioro, provocando el aumento de la desocupación y la reducción de ingresos.

1 El impacto *en Argentina*

Dada su profunda imbricación en la economía internacional, la crisis mundial afectó de manera especial en Argentina por dos vías simultáneas: el comercio exterior y los flujos de capital.

La actividad interna se encontraba muy influenciada por el comercio exterior. Las exportaciones proveían las divisas necesarias para importar los bienes de consumo y los bienes de capital que el país consumía y no producía. El cierre parcial de los mercados generó, entonces, una alteración en las estructuras internas de producción y consumo. Sin embargo, lo que mayor incidencia tuvo no fue la reducción de las ventas al exterior, sino la caída de los precios. A diferencia de lo que ocurría en otros países, Argentina no enfrentó un cierre generalizado de los mercados para sus productos, aun cuando algunos de éstos efectivamente bajaron sus volúmenes de ventas, como las carnes congeladas. El problema de mayor gravedad fue que los precios de los productos primarios –entre los que se contaba casi la totalidad de las exportaciones argentinas– cayeron mucho más que los de los productos industriales que el país compraba, o, como se lo denomina técnicamente, se produjo un "deterioro de los términos del intercambio". En esas condiciones, las exportaciones no alcanzaban para obtener el abastecimiento de la misma cantidad de productos importados y, por lo tanto, forzaban a reducir el consumo interno.

Pero, además, la alta dependencia de las inversiones extranjeras y, especialmente, el gran nivel de la deuda externa se enfrentaron con una creciente iliquidez. El boom especulativo en los Estados Unidos comenzó a atraer capitales de todo el mundo a partir del segundo semestre de 1928. De esa forma, para Argentina era cada vez más difícil conseguir nuevos recursos externos y, en simultáneo, debía enfrentar una creciente fuga de capitales dirigida hacia el país del Norte.

La iliquidez internacional descubría uno de los problemas estructurales más notorios del modelo agroexportador: los superávit comerciales eran en general insuficientes para cubrir los servicios de la

deuda externa y las transferencias de utilidades y regalías de las empresas extranjeras radicadas en el país. Este problema era, incluso, más grave que el deterioro de los términos del intercambio, pues, salvo en 1930, la caída del comercio no provocó un déficit de la balanza comercial.

La crisis fue entonces de balance de pagos, en la que el mercado de divisas se transformó en el termómetro del avance de los desequilibrios. Este no era un fenómeno nuevo, pues casi desde el inicio mismo del modelo agroexportador los períodos de expansión se alternaban con violentas crisis externas, siendo la de 1890 la más profunda y emblemática, pero de ninguna manera una *rara avis*. Sin embargo, ahora las condiciones estructurales eran diferentes a las de crisis anteriores.

Esto fue así porque el mundo comenzaba a cambiar profundamente y Argentina, adaptada al esquema de división internacional del trabajo impulsado por Gran Bretaña, comenzaba a quedar desconectada de los nuevos circuitos económicos. Ese alejamiento no pasó desapercibido en los análisis de muchos estudiosos, que encontraban en las transformaciones del contexto internacional una causa fundamental del agotamiento del modelo agroexportador.

Aunque la crisis y la declinación del Reino Unido tuvieron sin dudas un profundo impacto, no son suficientes para explicar la profundidad que tuvo el colapso. En los tres lustros previos, la plena ocupación de las tierras pampeanas, la paulatina detención de las obras de infraestructura, la insuficiente incorporación de tecnología, la falta de políticas industriales y el lento crecimiento de la demanda internacional de productos agropecuarios habían contribuido a agotar paulatinamente el modelo agroexportador, sin reemplazarlo por otro nuevo. De tal forma, la crisis internacional aceleró un proceso interno de deterioro que llevaba ya bastante tiempo y que ahora se tornaba incontrastable.

En lo inmediato, la crisis ponía al descubierto hasta qué punto la economía argentina dependía del exterior. El deterioro de los términos del intercambio incidía directamente sobre la capacidad de consumo interna. Las cuentas fiscales también se degradaron con rapidez, pues la recaudación descansaba de manera especial sobre los derechos aduaneros, que constituían la porción mayoritaria de los ingresos públicos. Las expectativas negativas, por su parte, desmoronaban la inversión en todos los sectores, pero con más intensidad en el sector agropecuario y en aquellos rubros en los que los capitales extranjeros eran más activos.

Rápidamente, el deterioro de las condiciones económicas se hizo manifiesto y la reducción del ingreso desató una creciente puja por su distribución, en la que se manifestaron relaciones de fuerza desiguales. A eso se le agregó una desocupación cada vez más elevada. El impacto social de la crisis se convirtió pronto en un rasgo distintivo, mientras su secuela de miseria, falta de trabajo y la certeza de un futuro negro era la marca registrada de una época, que dejó con el paso del tiempo una impronta indeleble.



El impacto social de la crisis se tradujo en la difusión de la miseria y la falta de trabajo.





Ahorristas desesperados para recuperar sus ahorros en los bancos que, ante la caída de Wall Street, se encontraron en una dramática situación.

La crisis económica mundial

La Primera Guerra Mundial marcó el final de una etapa de expansión de la economía global y el comienzo de turbulencias políticas, económicas y sociales. La contienda no logró resolver los conflictos, y las condiciones económicas de la paz sentaron las bases de nuevos problemas que se extendieron a lo largo de toda la década de 1920 e hicieron eclosión en 1929, como señaló una temprana obra del economista inglés John Maynard Keynes.

El camino hacia la crisis más severa de la historia del capitalismo se nutría de varios procesos simultáneos. Por un lado, las condiciones sobre las que se sustentaba el proceso de acumulación desde finales del siglo XIX se habían agotado, especialmente en el continente europeo. La sobreexpansión de la industria pesada, el motor de la economía de entonces, ponía freno al crecimiento. Además, exacerbaba la competencia de las firmas en los mercados nacionales hasta el punto de desestabilizar las condiciones macroeconómicas internas.

En segundo lugar, algunos países, en particular los Estados Unidos, se encontraban en los inicios de un cambio tecnológico mayor, que revolucionaría los procesos productivos y la organización del trabajo en el interior de las fábricas industriales. La aparición y generalización de la cadena de montaje –registrado en forma magistral en la película *Tiempos modernos* de Charles Chaplin– permitía expandir notablemente la producción, aunque obligaba a transformar por completo las condiciones en las que ella se desarrollaba, incluyendo una importante destrucción de capital físico obsoleto.

En esas nuevas condiciones quedaba expuesta la desigual distribución del ingreso. La producción en masa de la cadena de montaje exigía también consumo en masa, que salarios miserables de la época impedían. Por eso, se fueron acumulando stocks invendibles que, en los Estados Unidos, permitían presagiar un derrumbe en plena expansión. No todos, por supuesto, hacían tal lectura, como lo demuestra un discurso del propio presidente de dicho país, Calvin Coolidge, en diciembre de 1928, resaltando la ilimitada expansión económica que deparaba el futuro.

Ahora bien, las penosas condiciones de trabajo y las malas remuneraciones fomentaban las protestas sociales a ambos lados del Atlántico, estimuladas por las ideas anarquistas y socialistas que se expandían entre los trabajadores, pero que también preñaban el clima cultural de la época. El triunfo de la revolución socialista y la consolidación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas daban a esas ideas una expectativa cierta de concreción, incluso

cuando la esperada y presagiada revolución en Alemania tardara en producirse.

El desigual desarrollo de la base material de las grandes potencias comenzó a cuestionar la preeminencia británica, hasta entonces la principal potencia mundial. Poco a poco, los Estados Unidos fueron desplazando a los europeos como eje articulador del espacio mundial, aventajando también a Alemania y Francia, las otras potencias con aspiraciones hegemónicas. Sin embargo, era casi imposible que los cambios en el liderazgo pudieran ser no traumáticos. Por eso, una creciente lucha interimperialista no resultó sorpresiva y se encontró en la base de las dos grandes guerras mundiales. Buena parte de la diplomacia y de la expansión económica de las potencias en los demás países en el período de entreguerras estuvo vinculada con esa puja.

Las grandes fluctuaciones causadas por todos estos factores generaron las condiciones para un rápido crecimiento de las inversiones especulativas, que comenzaron a desplazarse con velocidad entre los distintos países, a veces apoyadas por políticas oficiales, como el plan Dawes (por Charles Gates Dawes, vicepresidente de EE.UU.), diseñado por los Estados Unidos y Gran Bretaña para rescatar a Alemania de la profunda crisis hiperinflacionaria. Los créditos y los flujos privados de capital podían en ciertos momentos sostener cortas recuperaciones, pero generaban también una inestabilidad creciente, que hizo eclosión final con la crisis que detonó en octubre de 1929.

¿Cómo se llegó a tal estallido? Los aludidos cambios tecnológicos en los Estados Unidos y esa ilusión de crecimiento ilimitado que engendraban se materializaron a partir de 1928 en una creciente valorización de las acciones de empresas que cotizaban en bolsa. La riqueza financiera que generaba la especulación también se dirigió hacia el mercado inmobiliario, que acompañó ese boom bursátil. Sin embargo, quedaba sin resolver el problema de la distribución del ingreso, un verdadero talón de Aquiles, al no permitir que la expansión de la producción se correspondiera con una demanda que creciera al mismo ritmo.


Una olla popular en Nueva York. La crisis del ’29 provocó una profunda depresión mundial. La desocupación y la pobreza se extendieron en esos años.

Por un tiempo las exportaciones reemplazaron la débil demanda interna en los Estados Unidos, país en el que se combinaban un saldo comercial favorable con una salida de capitales. Pero el propio boom

Las penosas condiciones de trabajo y las malas remuneraciones fomentaban las protestas a ambos lados del Atlántico, estimuladas por las ideas anarquistas y socialistas.

especulativo comenzó a atraer recursos desde el exterior, colocando a muchos países, especialmente en el continente europeo, ante una inmanejable escasez de divisas que forzó a congelar las compras hacia los Estados Unidos. El resultado final fue una rápida contracción del comercio mundial, que obligó a las firmas estadounidenses a ajustar en forma drástica sus planes de producción. Las condiciones que habían disparado la especulación estaban agotadas y la burbuja explotó de manera súbita un jueves negro de octubre de 1929. El suicidio de muchos arriesgados financistas –que según una crónica de la época llovían ese día desde los edificios de Wall Street– no fue el final del crac, sino el inicio de una larga crisis, superada recién en la segunda mitad de los años ’40.

A partir de ese momento, los precios se derrumbaron, la recesión se generalizó y la mayoría de los gobiernos tomaron medidas defensivas contra la importación de productos o la fuga de capitales. El comercio internacional se tornó cada vez más restringido y se concentró en bloques de países que, por medio de acuerdos, intentaban protegerse mutuamente de los efectos de la crisis. Los flujos de capital y las inversiones en el exterior, tanto productivas como financieras, se contrajeron de manera ostensible.

A medida que la depresión avanzaba, crecía la desocupación, con lo que la demanda caía aún más y profundizaba el deterioro, añadiéndole una conflictividad social y, en muchos países, un marcado deterioro de las condiciones políticas y una radicalización de las posiciones. El caso extremo fue, sin dudas, la caída de la República de Weimar y el advenimiento del Partido Nacional Socialista Alemán de Adolfo Hitler, en enero de 1933. La crisis económica abonaba la crisis política y ponía en jaque a todo el sistema internacional.


La detención y renuncia del ex-presidente Yrigoyen.

El Gobernador
de la Provincia de Buenos Aires

Ante los sucesos ocurridos, presento en absoluto la renuncia del cargo de Presidente de la Nacion Argentina.-

Dios guarde a V.

H. Yrigoyen

Al señor Jefe de las fuerzas militares de La Plata

La Plata Setiembre seis de 1930

Interior de la casa de Yrigoyen, en la calle Brasil, saqueada en la jornada del golpe de Estado del '30.

Carta de renuncia del presidente de la Nación, Hipólito Yrigoyen.

2 El derrocamiento *de Yrigoyen*

Los acontecimientos económicos motivados por la crisis internacional se trasladaron al terreno político. En verdad, desde la sanción de la Ley Sáenz Peña que consagraba el voto secreto, universal y obligatorio, los sectores tradicionales habían sido desplazados del poder político por la Unión Cívica Radical, cuyo líder indiscutido –Hipólito Yrigoyen– les generaba un gran escozor. Las conspiraciones contra el caudillo radical no fueron suficientes para desplazarlo del poder en su primera presidencia y cesaron cuando una fracción más "potable" del radicalismo, encarnada en el sector *antipersonalista* de Marcelo T. de Alvear, sucedió a Yrigoyen en el poder entre 1922 y 1928. Pero cuando este último retornó al gobierno en 1928, nuevamente se percibió un clima político enrarecido, del que incluso participaban algunos sectores del propio partido gobernante.

El antiyrigoyenismo tenía sólo en parte una fundamentación económica, relacionada con el carácter contradictorio del impacto en la economía de los gobiernos radicales. Por una parte, Yrigoyen procuró mejorar algunos resortes en la distribución del ingreso en los sectores medios urbanos y rurales. Además, comprendió el carácter estratégico de algunas actividades productivas, como la producción y distribución de petróleo, impulsando políticas específicas de corte nacionalista que afectaron algunos intereses extranjeros que dominaban en la economía argentina. Pero esas orientaciones novedosas no se conjugaban con el intento de una transformación integral de las estructuras productivas y sociales, de manera que las reformas yrigoyenistas no cuestionaron las bases del modelo agroexportador ni los núcleos principales del poder económico. Por eso, el movimiento conspirativo sólo puede comprenderse cabalmente si se toma una dimensión social mucho más amplia, que entronca con un sistema político oligárquico al que el radicalismo intentaba ponerle fin con el acceso de las masas populares –"la chusma", como se les decía despectivamente a los simpatizantes del *Peludo* Yrigoyen– a los estamentos de decisión. Esa conjunción de aspectos económicos y sociales es la que explica el movimiento que concluiría con el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930.

La crisis sirvió de fértil abono a los conspiradores, quienes comenzaron a pregonar que el deterioro económico era el resultado de la inacción y la incapacidad del gobierno, y que la senilidad del Presidente le impedía administrar con pericia y habilidad. A medida que la crisis se profundizaba, la prédica descubría algunas acciones que contradecían el saber convencional de aquella época y tendían a demostrar los supuestos desatinos de Yrigoyen. Así, por ejemplo, la expansión del gasto y el empleo público que prohijaba el gobierno nacional era criticada con intensidad por los economistas de la época, convencidos de que el equilibrio presupuestario era la herramienta principal para combatir las crisis. Algunos años después, la obra de Keynes daría sustento teórico a una "política fiscal anticíclica" como la de Yrigoyen, que era, en rigor, un hecho casual.

Si bien era factible advertir poca "agresividad" en la política anticrisis, no podía hablarse de parálisis.

Especialmente en el frente externo, la fuga de capitales había provocado una reducción de las reservas que impulsó al gobierno a decretar la inconvertibilidad del peso en diciembre de 1929. De la misma forma, Yrigoyen procuraba solidificar la inserción externa de Argentina con su principal socio comercial, Gran Bretaña. Esto llevó al Reino Unido a la realización de un estudio llevado a cabo por una comisión presidida por Lord D'Abernon, que concluiría con un acuerdo para reforzar la corriente comercial entre ambos países, que no llegó a aprobarse.

Si bien al gobierno se le podía objetar la lentitud con que enfrentaba los acontecimientos, la oposición procuraba acelerar el descrédito de Yrigoyen bloqueando en el Parlamento las iniciativas enviadas por el Poder Ejecutivo. Particular énfasis ponían en detener algunas iniciativas que afectaban intereses poderosos, como los de la industria del petróleo, que resultaba afectada por la política nacionalista impulsada por el radicalismo.

La conspiración estaba en marcha y abarcaba a diferentes sectores políticos, desde los más conservadores hasta parte del socialismo, con motivaciones distintas y hasta contradictorias. Un sector de las Fuerzas Armadas encabezaba la conspiración, en el inicio de lo que sería luego el Partido Militar, que convertía

> Algunos años después, la obra de Keynes daría sustento teórico a una "política fiscal anticíclica" como la de Yrigoyen, que era, en rigor, un hecho casual.

a aquéllas en árbitro y garante de las prácticas consideradas deseables por parte de los sectores minoritarios de la política argentina. El movimiento revolucionario contaba también con una vanguardia ideológica vinculada a los movimientos de derecha que se imponían en Europa, encontrando como referente principal al español José Antonio Primo de Rivera.

Finalmente, la crisis política cristalizó en el aciago golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, en el que el general José Félix Uriburu (alias *von Pepe*) derrocó a Yrigoyen. La asunción del nuevo gobierno no acabaría con las turbulencias, pues el propio régimen se fracturaría rápidamente entre un sector de ideas corporativistas, encabezado por el propio Uriburu, y otra fracción que reconocía a Agustín P. Justo como su principal referente, y que buscaba una aproximación más estrecha con los sectores económicos dominantes, tratando de mantener una fachada democrática por medio del fraude y la proscripción del radicalismo. Esto último daba cuenta, en definitiva, de una profunda ruptura entre la sociedad política y la sociedad civil, y abría una etapa de ilegalidad y corrupción que se arrastraría por tres lustros.



John Maynard Keynes

El economista del siglo XX

John Maynard Keynes es, sin lugar a dudas, el economista más brillante del siglo XX. Nacido en 1883 en Cambridge, recibió desde temprana edad una formación de élite en institutos como el *Eaton* y el *King's College* en Cambridge, donde estudió matemática. Tuvo como maestro en sus estudios de economía a Alfred Marshall y fue también alumno de Arthur Cecil Pigou, con quien luego tendría famosas y encarnizadas controversias.

Keynes fue un caso muy particular de flexibilidad y de capacidad para actuar con pericia en frentes muy diferentes. A pesar de su formación matemática que se plasmó, incluso, en su *Tratado de probabilidad* (1921), nunca abusó de esa herramienta en sus estudios económicos. Siendo un teórico notablemente preciso y agudo, no dejó de incursionar con éxito en la política y fue arquitecto de la experiencia de creación del orden internacional más exitosa del siglo, como fue el esquema institucional de la segunda posguerra plasmado en la conferencia de Bretton Woods, donde –como representante de Gran Bretaña– encontró en el norteamericano Harry Dexter White un contendiente y complemento excepcional. Su actividad al frente de una compañía de seguros no le impidió ser un exquisito catador de arte, fundando incluso un teatro y salvando de la ruina a dos compañías de baile.

El carácter controversial de su vida académica, profesional y política también impregnó su vida privada. Contra ciertos clichés morales de su época, no ocultó su homosexualidad, lo que no le impidió contraer matrimonio con la bailarina Lydia Lopokowa, quien, a su vez, nunca logró ser bien recibida por el selecto grupo de amigos de Keynes, entre los que se contaban Virginia Woolf, Lytton Strachey, Vanessa Bell, Clive Bell y especialmente el pintor Duncan Grant.

La obra de Keynes fue siempre un ejercicio

John Maynard Keynes, considerado por sus pares como el economista más brillante del siglo XX.



de análisis fino y preciso, que se abocó a los grandes problemas de su época, intentando romper con los modelos preconcebidos. Así, el primer gran impacto fue su libro de 1919 *Las consecuencias económicas de la paz*, donde señalaba la imposibilidad de sostener las reparaciones de guerra establecidas en el Tratado de Versailles luego de la Primera Guerra Mundial y, por ende, la precariedad del acuerdo para resolver las contradicciones de un mundo ya abiertamente en crisis. Por otra parte, en una obra posterior, *Las consecuencias económicas de Mr. Churchill,* de 1925, Keynes hizo una dura crítica al retorno al patrón oro y a la convertibilidad, y especialmente a la sobrevaluación de la libra esterlina que Churchill, entonces ministro de Hacienda de Gran Bretaña, había propiciado.

Sin embargo, su trabajo mayor fue el que se dedicó a analizar desde una perspectiva teórica la crisis que afectaba al mundo desde 1929. Publicada en 1936, su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* estaba llamada a revolucionar la teoría económica tradicional y marcar el análisis económico de los cuarenta y cinco años siguientes. Pero no sólo eso. Su novedoso análisis de la economía, que rompía con algunas leyes sagradas, como aquella que dice que la oferta crea su propia demanda, servía también de justificativo a políticas activas por parte del Estado, como las que estaban comenzando a usarse en diversos países para salir de la crisis.

Su obra ejerció una marcada influencia en los economistas posteriores, incluyendo a aquellos que tienen opiniones diferentes, pero que no pueden escapar a sus planteos como inicio de una revisión crítica. O a quienes durante mucho tiempo intentaron encubrir con un "velo keynesiano" planteos ortodoxos, como la llamada "síntesis neoclásica" de John Hicks.

Keynes murió en abril de 1946 luego de un ataque cardíaco, pero muchas de sus ideas continúan sobreviviéndolo.

3 Las primeras *herejías*

El derrocamiento de Yrigoyen lejos estuvo de facilitar una solución a la crisis económica. Por el contrario, a lo largo de 1931, los problemas continuaron agravándose: la producción cayó ese año un 6,9 por ciento y los términos del intercambio continuaron deteriorándose, mientras la solvencia externa y fiscal seguían puestas a prueba. A esto se le agregó, en los primeros meses del año, la especulación de las compañías cerealeras. Proveedoras principales de la oferta de divisas en el mercado cambiario, las casas exportadoras de granos comenzaron a retenerlas a la espera de que el peso se devaluara. Ese comportamiento era el que generaba una tensión adicional que presionaba para la devaluación. De esa forma, entre la salida de la convertibilidad y diciembre de 1930, el peso se había devaluado en un 30 por ciento. La intervención del gobierno provocó una apreciación entre diciembre y marzo del año siguiente, pero al ir agotándose las reservas el peso volvió a perder valor a partir de abril de 1931.

En el fondo, las condiciones del mercado de cambios eran el reflejo de los profundos desequilibrios externos, que constituían el rasgo más visible de la crisis. Y aunque el credo de la época indicaba que la mejor manera de enfrentar los problemas era dejando que el mercado en el largo plazo se encargara de encontrar los nuevos equilibrios, la situación comenzaba a tornarse insoportable. Por eso, y de manera no programada, se fueron tomando diversas medidas de coyuntura que abarcaban el sector externo.



Comerciantes en un galpón con bolsas de cereales. La especulación de las casas de cereales alteraba el mercado de divisas.

En primer lugar, se intentó equilibrar el comercio exterior tratando de reducir las importaciones. Para ello, se incrementaron los aranceles en un 10 por ciento y se ajustaron fuertemente los aforos, base sobre la cual se cobraban los aranceles. Junto con la depreciación del peso y la propia recesión interna se generaron las condiciones para una reducción de las importaciones, lo que efectivamente ocurrió. Sin embargo, la especulación con el tipo de cambio y el fuerte servicio de la deuda externa seguían ahogando la economía argentina.

En consecuencia, el gobierno decidió intervenir de lleno en el mercado cambiario, creando por decreto, el 10 de octubre de 1931, la Comisión de Control de Cambios. Esa norma establecía que las transacciones cambiarias sólo podían efectuarse al tipo oficial establecido por la Comisión; los exportadores se comprometían a entregar sus divisas a los bancos autorizados como condición para poder efectuar sus embarques; se prohibía la adquisición de saldos libres por parte de extranjeros; y se ordenaba que los depósitos en pesos de personas jurídicas o físicas residentes en el exterior sólo podrían ser utilizados una vez agotados los saldos acreedores existentes. De esta forma, el gobierno lograba el control de las divisas, obteniendo así los recursos necesarios para continuar el pago de la deuda pública externa, mientras detenía la devaluación del peso y cortaba la especulación de las casas cerealeras.

En enero de 1932, un nuevo decreto profundizó el control autorizando a la Comisión a establecer un tipo máximo y otro mínimo para la compra de divisas por los bancos. Estos no podían venderlas sin un permiso previo de la Comisión. Las compras por los bancos podía hacerse sin límites, pero con la obligación de revender al Banco de la Nación los sobrantes. Finalmente, se facultaba a la Comisión –en caso de infracciones– a retirar a los bancos la autorización pertinente para operar en cambios en caso de infracciones.

El establecimiento de un régimen de control de

cambios significaba, en definitiva, que las divisas que debían remitirse al exterior eran mayores a las que ingresaban y, por lo tanto, había que racionarlas de alguna manera, tarea que se encomendaba a la Comisión. Para realizar esa tarea debía establecerse algún criterio de asignación, que quedó claro con las prioridades que se impuso la Comisión:

1. Necesidades públicas.
2. a) Materias primas para las industrias nacionales.
   b) Combustibles para las máquinas de transporte, luz y fuerza.
   c) Artículos indispensables para el consumo.
3. a) Pequeñas transferencias de inmigrantes.
   b) Envíos a residentes en el extranjero.
   c) Necesidades de viajeros.
4. Mercaderías no imprescindibles.
5. Cancelación o amortización de deudas anteriores.

Esa estructura de prioridades dejaba en claro que el objetivo principal del gobierno consistía en mantener el servicio de la deuda externa, y las autoridades creían que en el corto plazo era necesario recurrir a un régimen de control de cambios para lograrlo. En el largo plazo, en cambio, se esperaba que los mercados se estabilizaran, lo que permitiría volver a un régimen más liberal. Por eso, la primera etapa del régimen tuvo muchos deslices técnicos, entre los que se destacó la falta de exigencia de permisos previos de importación. Así, numerosas importaciones impagas fueron acumulando deudas, lo que obligó a una profunda reforma del régimen en noviembre de 1933.

Dicha reforma, encarada por el entonces ministro de Hacienda, Federico Pinedo, convirtió el régimen de control de cambios en un instrumento pensado para el largo plazo, con un Estado interviniendo de manera cada vez más activa en la economía, tanto en el frente cambiario como en otros sectores.

El nuevo sistema estableció un mercado oficial y uno libre, nutrido por las divisas provenientes de las exportaciones no regulares y de las inversiones extranjeras. A ese régimen podían recurrir quienes no obtuviesen divisas en el mercado oficial, aunque a un precio sustancialmente más caro. El mercado libre era, en el fondo, una suerte de mercado negro legalizado y no se exigía permisos previos ni documentación alguna.

Como los tipos de cambio comprador y vendedor oficiales eran diferentes, el Estado obtenía una pequeña ganancia con las operaciones cambiarias, que era utilizada para sostener los precios agrícolas por medio de la Junta Reguladora de Granos, donde se trataba de apuntalar la situación de los productores agrícolas. De esta manera, la imposición a los exportadores de un bajo tipo de cambio se compensaba con los subsidios que se concedían a través de la Junta.

Además, se practicó una importante devaluación,



El régimen conservador aunó una política represiva en lo social y una intervención activa en el mercado para preservar los intereses de las élites.

mucho más fuerte aún en el mercado libre. De esa forma, se aumentó la protección a las actividades internas y se intentó fomentar el ingreso de inversiones desde el exterior. El control de cambios pasó a cumplir un papel vital en una estrategia de más largo plazo, que incluía una reorientación del comercio exterior. La oficina de control de cambios –luego trasladada al Banco Central– comenzó a otorgar a los importadores las divisas de manera discrecional, tratando de compensar los saldos externos. Así, los países con los que se tenía déficit comercial se perjudicaron, mientras se estimularon las compras a aquellos con los que Argentina tenía saldo comercial favorable. En síntesis, se trataba de reducir las compras a los Estados Unidos y estimular las que se realizaran a Inglaterra, según el lema esgrimido años antes por la Sociedad Rural Argentina de "comprar a quien nos compra".

Resulta interesante observar, en un régimen que aparentemente favorecía a Gran Bretaña, cómo se iba desarrollando una trama más compleja de intereses. Mientras se perjudicaba a los exportadores estadounidenses, se creaban también las condiciones para que éstos pudiesen radicar inversiones en el país, saltando la barrera comercial. Es así que mientras el comercio se reorientó en beneficio de Gran Bretaña, las firmas de Estados Unidos, en especial las vinculadas a la producción de automotores e industrias conexas, continuaron expandiéndose y compitiendo con los ferrocarriles británicos. Esa competencia era apuntalada por la política vial del gobierno, que de a poco iniciaba una diversificación de sus vínculos externos, fruto del retroceso internacional de la hegemonía inglesa.

La intervención del Estado en la economía *en el pensamiento económico conservador*

DO CU MEN TOS



La represión y herejías en el ámbito económico fueron las características de los primeros años de la década del '30.

Dos dirigentes representativos del régimen conservador liberal de la década del '30 exponen sus ideas sobre el intervencionismo estatal de la época, propiciado en la Argentina por los mismos conservadores. Uno de ellos, Ernesto Hueyo, criticando la acción del Estado, y otro, Salvador Oría, procurando defenderla como un mal necesario.

Ernesto Hueyo (1885-1954)

Hermano de Alberto Hueyo, primer ministro de Hacienda en el gobierno de Justo, Ernesto fue ministro de Hacienda de la Provincia de Buenos Aires y presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires. En 1932 fue designado miembro titular de la Academia Nacional de Ciencias Económicas.

Lo que sigue son algunos párrafos de la conferencia leída el 18 de octubre de 1933 en el acto de su incorporación a la Academia Nacional de Ciencias Económicas como Académico titular.

En *Academia Nacional de Ciencias Económicas,* Biblioteca, volumen IV, Buenos Aires, 1938.

◆ "Inglaterra ha abandonado su política librecambista que fue la base de su desarrollo industrial durante el siglo pasado; Francia ha intensificado su proteccionismo, creando contingentes, prohibiciones y licencias que la cierran herméticamente al comercio de ciertos artículos, especialmente agrícolas y ganaderos, y Estados Unidos ha entrado en una experiencia de economía dirigida, que la coloca en una tendencia semejante a la desarrollada por Rusia, Italia y Alemania."

◆ "La experiencia americana obedece a propósitos más fundamentales. La desvalorización del dólar persigue la reducción de las deudas y el aumento en los precios de los productos agrícolas y ganaderos. La disminución de las horas de trabajo y el aumento de los jornales se realiza con el fin de reducir la desocupación y de aumentar el poder adquisitivo de los consumidores. Como estas medidas podrían provocar un aumento en el nivel de los precios, que disminuiría el consumo, el Estado exige a las industrias manufactureras la obligación de mantener inalterables sus precios."

◆ "Se ha llegado así a la formación de un sistema de economía dirigida que altera profundamente el régimen capitalista clásico y que tiene por objeto evitar el libre juego de las leyes económicas, mediante la intervención del Estado."

◆ "No es extraño, pues, que el nacionalismo económico haya invadido todas las naciones. Aun aquellas más refractarias a esa doctrina, se han visto obligadas a aceptar sus principios. Faltas de numerario necesario para adquirir productos extranjeros, han debido pensar en la necesidad de bastarse a sí mismas."

◆ "Los excesos de esta política determinan dos fenómenos típicos del momento actual: la limitación de las libertades individuales y el imperialismo económico. La intervención del Estado se realiza en desmedro de esas libertades. Si las circunstancias presentes exigen limitar la producción, fijar los precios de la misma, fusionar empresas, fijar el tipo de interés y mejorar los salarios, es indudable que la libertad de comercio, de asociación y la misma libertad individual tienen que sufrir serias restricciones. Ya no nos será permitido disponer libremente de nuestra persona y de nuestros bienes, pues el interés público habrá de predominar sobre los intereses individuales."

◆ "El intervencionismo de Estado, consecuencia de esa política, pone en peligro las libertades públicas. Nada estable puede surgir de lo que es artificial. La omnipotencia del Estado es un concepto falso, que hace insoportables las desigualdades sociales. Nadie puede pretender su prescindencia absoluta, como lo sostenía la antigua escuela clásica, pero tampoco puede ser él, el ordenador exclusivo del mundo económico. Su omnipotencia presumiría también su omnisciencia. Dirigir toda la economía de una nación es una tarea demasiado compleja, que, por otra parte, no puede concebirse sino en mercados cerrados, al abrigo de la competencia extranjera. De ser así, habría que perder toda esperanza de acercamiento entre los pueblos y la guerra económica propia de ese aislamiento conduciría a pretender dirigir la economía mundial mediante los peligros sin límites de todo imperialismo económico."

Salvador Oría (1883-1952)

Profesor titular de Finanzas de la UBA, en 1925 fue designado miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. Integró el directorio del Banco Hipotecario Nacional y del Banco Central. En 1938 fue presidente de la Dirección Nacional de Vialidad y luego, entre septiembre de 1940 y junio de 1943, ministro de Obras Públicas de la Nación.

En *El Estado argentino y la nueva economía. Intervencionismo defensivo,* Buenos Aires, Impresores Peuser, 1945.

◆ "Economía dirigida es aquella que obedeciendo a un plan de gobierno, metódicamente elaborado y quizá podríamos decir sincronizado, somete la acción económica individual y de los organismos o entidades privadas concurrentes, a los fines estatales, para imponer soluciones que convengan al interés general."

◆ "La economía dirigida envuelve nociones antagónicas con el individualismo y el liberalismo, pero está muy lejos de favorecer, como se cree, la marcha hacia el socialismo de Estado y mucho menos hacia el comunismo. Se trata de poner remedio al desborde comprobado en los últimos tiempos y que es la consecuencia de la doctrina fisiocrática y las normas de las escuelas liberales inglesa y francesa, que tanto ponderaron el orden natural de las cosas, con argumentos que si en alguna medida podían servir para reforzar la crítica del mercantilismo, cuyos extremos se quisieron también corregir, no tienen valor lógico permanente, como nadie lo tiene en la vida social."

◆ "Para nosotros, el intervencionismo consiste en un acto o en una serie de actos concretos de gobierno, ejercidos con autoridad y opuestos a toda reacción de sectores o grupos sociales, que tienen por objeto organizar de acuerdo con un programa definido, la estructura económica y social del Estado."

◆ "L. Mises (*Kritik der interventionismus*, Jena, 1929) rechaza la idea de un sistema intermedio entre el capitalismo y el socialismo, porque según él nadie ha logrado jamás –haciendo caso omiso del sindicalismo– que se pueda imaginar o considerar como posible un tercer orden al lado o al margen del orden social, basado en la propiedad privada e individual de los medios de producción, en contacto con otro edificado sobre la propiedad colectiva."

◆ "Quienes razonan así olvidan la historia; olvidan también que las instituciones políticas, sociales y económicas evolucionan adquiriendo en períodos de transición formas que desaparecen, unidas a otras nuevas, que surgen en la marcha incontenible del progreso humano."

◆ "La ilustración y preparación científica de Mises no puede ser obstáculo para que confesemos claramente nuestra oposición a la tesis que sostiene y que parece cada día más absurda confrontada con la experiencia."

◆ "El intervencionismo es una realidad; favorece en ocasiones una tendencia capitalista, en otras el rumbo que interesa al socialismo y puede aun ocurrir que en algunos casos haya medidas incongruentes que traten de favorecer a los dos. En cualquier situación, lo exacto es que todos los gobiernos de los grandes Estados, particularmente en los últimos 15 años, revelan en uno o varios aspectos la orientación intervencionista, que se refleja en algunos bajo el aspecto de verdaderas dictaduras económicas y financieras (Alemania, Italia y Estados Unidos, en ciertos momentos de la época contemporánea)."

◆ "Para que esto ocurra, los estadistas que han practicado el intervencionismo en Estados Unidos y aun en Inglaterra, no han hecho pública retractación del liberalismo, con el que aparentemente convive y del que puede ser un correctivo eventual, con más frecuencia que una desviación permanente."

◆ "Los grandes intereses del capitalismo financiero lo rechazan y combaten con encarnizamiento."

◆ "Cuando estos intereses pertenecen a naciones de evolución económica completa, fuertes por su índice demográfico, por su capacidad de exportación industrial y financiera, por su proyección en colonias o 'Estados clientes', lo que estos capitales, los 'holdings' o las empresas de servicios públicos se resignan a perder en el país de origen, buscan ganarlo con amplias compensaciones en el país de explotación."

◆ "Apoyados en la influencia política que ejercen en el Estado fuerte de que proceden, lograda por un hábil entendimiento de personajes que no ignoran el juego de los intereses creados, presionan en las naciones débiles o pequeñas donde sientan sus reales, con créditos contra fondos del Estado o prestando servicios públicos, a veces con maniobras que alcanzan el sector de la diplomacia y la política internacional."

APOS TI LLAS

El tango
y la depresión económica

POR ANDRES MUSACCHIO

La música popular suele reflejar los avatares sociales con singular precisión. Nada mejor que ella para entender el sentir de la población, incluso en aquellos momentos en los que la banalidad de la música revela una sociedad banal. En el caso de la crisis de los años '30, el tango logró dar un salto cualitativo de particular magnitud, pasando de reflejar pesadumbres individuales a radiografiar sin piedad –aunque con una lírica y una musicalidad excepcionales– una sociedad derrumbada y sin destino.

Probablemente quien más contribuyó a tal giro haya sido Enrique Santos Discépolo (1901-1951), arquetipo de una época, resistido en sus comienzos, aclamado luego y convertido finalmente en figura controversial por su adscripción al peronismo en los últimos años de su vida. De su mordaz pluma salió "Cambalache", el símbolo de una Argentina en crisis permanente. Escrito en 1934 para la película *El alma del bandoneón*, "Cambalache" reflejaba el clima de corrupción, de inversión de valores y la sinrazón de un mundo en el que todo daba lo mismo. Pretendiendo reflejar un momento especial de la vida del país, se convirtió pronto en el canto a buena parte de nuestra historia, devenir que lo mantuvo vivo desde entonces a través de varias generaciones. Pero la obra de Discépolo no se resume en "Cambalache". A veces con menos cinismo, pero no con menos dramatismo, buena parte de su obra está inspirada por el clima de la época y las miserias humanas y sociales, desplegadas en otros clásicos como "Yira... yira..." o "Qué sapa señor": *Y en medio del caos que horroriza y espanta/ la paz está en yanta y el peso ha bajao.../ Hoy todo Dios se queja,/ y es que el hombre anda sin cueva...*.

El genio de Discépolo, sin embargo, no logró opacar a otros poetas del tango que también contribuyeron a *leer* la época de crisis. Enrique Cadícamo, por ejemplo, realizó aportes notables no exentos de un humor cínico como el que se destila en "Al mundo le falta un tornillo" (1932), donde en pocas líneas se resumen los varios conflictos simultáneos que aquejan al Buenos Aires de entonces: *El ladrón es hoy decente/ a la fuerza se ha hecho gente/ ya no encuentra a quién robar/ Y el honrao se ha vuelto chorro/ porque en su fiebre de ahorro/ él se* ***afana*** *por guardar*. Nuevamente, su lírica trascendente lo lleva a convertirse en clásico multiépoca, preferido de los grandes cantores, desde Carlos Gardel –cuya versión preferimos– a Julio Sosa.



Enrique Santos Discépolo: de su pluma salió "Cambalache", tango que refleja el clima social y político de la época.

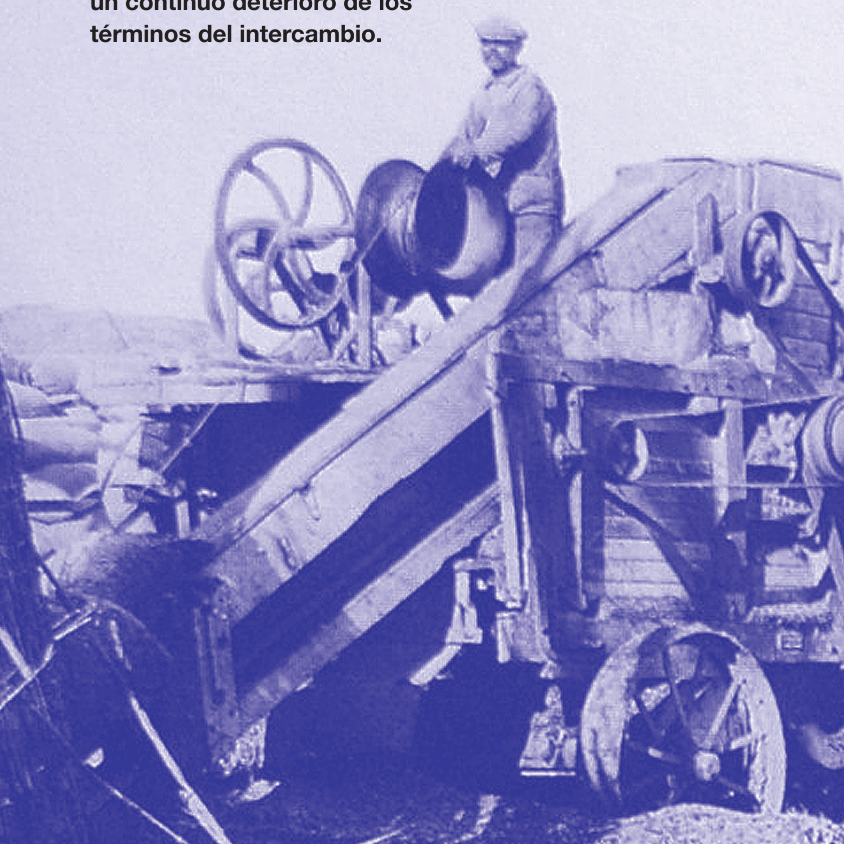
Mucho más dramática es la forma en que Celedonio Flores intenta retratar el callejón sin salida individual de la crisis en tangos como "Pan" (1932), verdadera denuncia contra un régimen que, a fuerza de miseria, impulsa al delito y luego condena sin misericordia: *Quisiera que alguna pudiera escucharlo/ en esa elocuencia que las penas dan,/ y ver si es humano querer condenarlo/ por haber robado un cacho de pan*.

También la injusticia social, la rebeldía y las luchas de clases se exponen, a veces de manera elíptica y otras más explícitamente, como en la letra de Mario Battistella "Al pie de la santa cruz" (1933), donde se canta: *Declaran la huelga,/ hay hambre en las casas./ Es mucho el trabajo/ y poco el jornal/ y en ese entrevero/ de lucha sangrienta/ se venga de un hombre/ la ley patronal*.

Pero incluso en épocas de fraude político, disgregación social, individualismo creciente y desmotivación generalizada es, otra vez, un acontecimiento vinculado al tango el que sacudió el escenario y convocó una congregación multitudinaria como rara vez pudo encontrarse por esos años. La repatriación de los restos de Carlos Gardel, el 5 de febrero de 1936, se convirtió en un hecho social y político que devolvió transitoriamente las masas a las calles y presagiaba futuras convocatorias mucho más cargadas de reclamos concretos pero igualmente apasionadas.



La crisis del ’29 derivó en un continuo deterioro de los términos del intercambio.



Evolución de variables claves en los años de la crisis del treinta

328

millones de pesos fue el **déficit fiscal** en el año 1930.

10

por ciento se aumentaron los **aranceles** en 1931.

20

por ciento se devaluó el **peso** en el mercado oficial en 1933.

65

por ciento se devaluó el **peso** en el mercado libre en 1933.

239,11

pesos era el valor promedio mensual de 100 **dólares** en 1928.

388,63

pesos era el valor promedio mensual de 100 **dólares** en 1932.

Comercio exterior y términos del intercambio, 1925-1935
(en m$n)

Las cifras de importaciones están calculadas en valores reales teniendo en cuenta las diferencias que sobre los valores de tarifa aduanera acusan los valores reales de un grupo importante de artículos.
Términos del intercambio 1913 = 100.

Año	Exportaciones	Importaciones	Saldo	Precio del trigo	Export. de trigo y harina	Términos intercamb.
1925	1.972.567.911	1.992.835.604	-20.267.693	12,20	2.237.883	80,3
1926	1.800.405.730	1.869.310.220	-68.904.490	11,31	4.467.851	73,4
1927	2.293.920.652	1.947.282.736	346.637.916	10,50	5.537.392	72,0
1928	2.396.608.299	1.901.608.474	494.999.825	9,68	6.809.030	97,0
1929	2.167.599.813	1.959.084.898	208.514.915	8,79	2.362.389	90,4
1930	1.395.691.317	1.679.960.782	-284.269.465	5,56	3.761.735	79,1
1931	1.455.814.660	1.173.828.311	281.986.349	6,40	3.524.666	60,3
1932	1.287.782.498	836.264.536	451.517.962	5,28	4.013.423	58,7
1933	1.120.841.512	897.148.929	223.692.583	6,07	4.951.477	56,9
1934	1.438.433.978	1.109.032.444	328.501.534	7,28	3.948.595	68,6
1935	1.569.349.057	1.174.981.223	394.367.834	10,52	1.724.362	70,3

Fuente: Comité Nacional de Geografía, 1942.

Bibliografía

BEVERAGGI ALLENDE, WALTER, *El servicio del capital extranjero y el control de cambios*, México, FCE, 1954.

CANTÓN DARÍO, CIRIA ALBERTO y MORENO JOSÉ LUIS, *Historia Argentina. La democracia constitucional y su crisis*, vol. 6, Buenos Aires, Paidós, 1986.

DE PRIVITELLIO, LUCIANO, *Agustín P. Justo. Las armas en la política*, Buenos Aires, FCE, 1997.

GARCÍA MOLINA, FERNANDO y MAYO, CARLOS A., *El general Uriburu y el petróleo*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

GALBRAITH, JOHN KENNETH, *El crac de 1929*, Barcelona, Ariel, 1976.

GERCHUNOFF PABLO y LLACH, LUCAS, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

O'CONNELL, ARTURO, "La Argentina en la Depresión: los problemas de una economía abierta", en *Desarrollo Económico,* Nº 92 (enero-marzo de 1984).

KEYNES, JOHN MAYNARD, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero,* México, FCE, 2001.

KINDLEBERGER, CHARLES, *La crisis económica 1929-1939,* Aguilar, Barcelona, 1985.

PRADOS ARRARTE, JESÚS, *El control de cambios*, Buenos Aires, Sudamericana, 1944.

SALERA, VIRGIL, *Exchange Control and the Argentine Market*, Nueva York, 1940.

RAPOPORT, MARIO, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

ROCK, DAVID, *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida política,* Buenos Aires, Ariel, 1993.

Ilustraciones

Tapa: "El hundimiento de la Bolsa de Wall Street, el jueves 24 de octubre de 1929, provocó un auténtico caos en el centro de Nueva York". Fuente: Paggi, R., *Los hechos políticos del Siglo XX*, Madrid, Hispamérica, 1982.

(págs. 149 y 150) Paggi, R., *Los hechos políticos del Siglo XX*, Madrid, Hispamérica, 1982.

(págs. 146, 147, 148, 151, 155, 156, 157 y 158) Archivo General de la Nación.

(pág. 153) Chandarkar, A., "Una nueva biografía de Keynes: Trilogía de Robert Skidelsky", *Finanzas y Desarrollo*. Revista Trimestral del FMI, vol. 38, Nº 4, diciembre 2001.

(págs. 154 y 159) Alexander, A.; Cuarterolo, M. A.; Kosacoff, B.; Cichero, M. y Priamo, L., *Producción y trabajo en la Argentina. Memoria fotográfica 1860-1960*, Buenos Aires, UNQ y Banco Bice, 2006.